

« za; pues bien, aniquílenme tus rayos, si es que  
 « alcanzan á destruir un alma tan inmortal como  
 « tú! ; Consúmame el fuego celeste, y haciendo  
 « el último esfuerzo mi mano ya calcinada arro-  
 « jará mis cenizas al pié de tu trono! ; Sienta mi  
 « alma que el edificio de sus pensamientos se des-  
 « hace y arruina, y antes de perderse en los abis-  
 « mos sin fondo del vacío, todavía tendrá una mal-  
 « dición para tí!! »

« Llenos de horror tendimos todos los brazos  
 hácia el Mesías, cayóse la trompeta de manos del  
 ángel de la muerte, hasta el divino Elohá se en-  
 volvió en una densa nube; y un rayo ardiente cayó  
 sobre el impío. Las bóvedas de los infiernos se es-  
 tremecieron, los montes que erizaban el campo de  
 la resurreccion se aplanaron, y en sus humeantes  
 ruinas se oyó un estrépito semejante á los sub-  
 terráneos bramidos, que preceden y acompañan á  
 los temblores de tierra y á las erupciones de los  
 volcanes. Y el impío apareció vivo sobre tan in-  
 mensos destrozos; porque el fuego del cielo templó  
 de nuevo los resortes de su existencia dándoles  
 fuerzas para que mas vivamente sintiesen los atro-  
 ces tormentos del infierno, aquellos que causan  
 siempre las angustias de la agonía y nunca la  
 muerte; y su pensamiento recibió entonces la fa-  
 cultad de apreciar todo el horror de la eternidad  
 que le esperaba. Y de en medio de las ruinas donde

rabioso se revolcaba, su voz llegó hasta nosotros; y  
 oímos estas palabras:

« ¡Detente! ; detente, rayo vengador! ; Habré de  
 « escucharte eternamente; eternamente veré sus-  
 « pendidos sobre mi cabeza los inflamados mon-  
 « tes?... ; Maldita sea para siempre la voz que osé  
 « levantar contra el Juez supremo!... ; Maldicion  
 « sobre la vida! ; Maldicion sobre la muerte!  
 « ; Maldicion sobre cuantos salieron de entrañas  
 « de muger! ; Maldicion sobre cuantos se levanta-  
 « ron del polvo de los sepulcros! »

« En aquel momento la vision se me presentó  
 confusa y vaga, á mis oídos no llegaban mas que  
 lejanos murmullos y ahogadas quejas cuyo sentido  
 me fué imposible comprender. Parecíame que por  
 aquellas indeterminadas imágenes pasaba el tiem-  
 po huyendo unas veces rápido y orgulloso, arras-  
 trándose otras con lentos é inciertos pasos. Sola  
 una escena de aquel misterioso drama se presentó  
 clara y distintamente á mis asombrados ojos: ví  
 pasar á Cain; colosal me pareció su estatura; otros  
 gigantes, á quienes la tierra adoró dándoles nom-  
 bre de héroes, le habian cargado de pesadas cade-  
 nas que él arrastraba penosamente sacudiéndolas  
 furioso. Poco á poco fué disminuyéndose hasta per-  
 derse en el vacío el siniestro rumor de aquellos  
 hierros: desvaneciósese la nube que oscurecía mis



ojos y el inmenso cuadro del juicio final volvió á ser claro y distinto para mí.

« El divino Elohá, obedeciendo las órdenes de su dueño, salió de las filas de los inmortales; rápido y triunfante era su porte, todas las felicidades del cielo irradiaban de su fisonomía cuando con una señal que hizo separó de la muchedumbre de los muertos á los elegidos del Eterno. Al pasar aquellos delante de mí inclinéme respetuosamente y sembré de palmas su camino. Saludábanles los seráfines con angélica sonrisa, y ellos solos son los que su propio mérito ignoran. A esos colocó Elohá á la derecha del trono, luego sonó la terrible trompeta en los ámbitos del espacio, y el angel de la muerte pronunció estas palabras :

« ¡Compareced, vosotros que fuisteis oprobio del género humano ! ¡ Ya en palacios, ya en cabañas hayais habitado, compareced ! ¡ Vosotros que desconocisteis el mérito modesto, que procurasteis manchar la inocencia y la virtud, compareced ! »

« Y una multitud inmensa se acercó lentamente al trono; el peso de su crimen los encorbaba sin dejarles levantar la cabeza. Heman, despues de pesarlos con la vista, pronunció contra ellos esta irrevocable sentencia :

« Si el primero de los pecados empañó en vuestras almas la imagen de la divinidad en ellas grabada, tambien os envió el Eterno hombres

« grandes y nobles que comprendian los altos destinos de la especie humana. Ellos os hablaron del primer día de la creacion y de la última hora de los tiempos; ellos os hablaron de la dignidad de vuestras almas, y de la infinita bondad de Dios á quien el hombre no ha parecido demasiado pequeño para la eternidad. Los mismos os dijeron: formaos, del soberano de cuanto existe, una idea tan grande y noble como su ser lo es; adoradle sin imaginar nunca que contraeis por eso mérito alguno; sed humanos y el amor á vuestros prójimos sea movil único de vuestros pensamientos. No busqueis mas que á Dios por testigo de vuestras buenas acciones, ni reveleis el bien que hicieris aun cuando los hombres justos y virtuosos os desconozcan. En medio de las delicias de la vida levantad los ojos al cielo, y aprended á esperar la muerte con alegría... ¡ Mas desoisteis tal enseñanza convirtiéndoos en enemigos y perseguidores de los sabios que para iluminaros os envió el cielo; y manchasteis su angélica vida con el negro polvo de la calumnia? Tres veces santo es el Juez supremo: sus poderosas miradas os condenan para siempre: el abismo donde reina la eterna muerte os espera. »

« Volvió Heman á ocupar su puesto entre los elegidos, desnivelóse la balanza del Juez supremo, y huyeron los réprobos del campo de la resurreccion.



Aun se oían sus desesperados clamores y el crugir de sus dientes en tenebrosa lontananza cuando vi aparecerse á un lúgubre serafín á cuyas plantas bramaba la tempestad, y que con precipitado paso atravesaba las sombrías nubes que ante él huyan esparciendo en torno terror y espanto. Al cielo se alzaba su mano izquierda en amenazador ademan, y la sombra que aquella mano proyectaba se extendía á todo el campo de la resurreccion cubriendo á las hordas predestinadas al abismo. En la mano derecha llevaba una copa llena de fuego que deramó con ceñudo semblante clamando en voz de trueno :

« En nombre de Jehová, en nombre del Dios ven-  
« gador, en nombre del Dios de amor y de justicia,  
« compareced, ó vosotros orgullosos impostores  
« que forjasteis deidades á vuestra imagen, com-  
« pareced! »

« Obedeciendo forzosamente aquel precepto, presentáronse los llamados; y dióse orden de que los juzgase el fundador de la santa ley que precedió y sirvió de base á la de la nueva alianza; el gran profeta que ya en la tierra tuvo fuerzas para contemplar la faz del Eterno, y para escuchar de cerca el sonido de la terrible trompa. Levantándose pues tendió sus miradas sobre la tierra á sus pies aletargada, y dijo :

« ¡ Cuan asquerosas y ridículas son las imágenes

« que cubren el suelo donde hemos vivido, imáge-  
« nes á quienes vosotros disteis nombre de dio-  
« ses!... Ni sombra eran de la Divinidad; vosotros  
« lo sabiais, mas permanecisteis en las tinieblas por  
« vosotros creadas, á fin de que vuestros hermanos,  
« que en el polvo se revolcaban, no pudieran ver  
« la bóveda del cielo, y para que ni un rayo del  
« sol viniese á recordarles la nobleza de su origen.  
« Vuestro orgullo no os permitía humillaros ante  
« la omnipotencia y os creisteis grandes inventan-  
« do Dioses á vosotros inferiores. Cuanto existe en  
« la naturaleza os pareció digno de la adoracion  
« de los hombres; sí todo, menos el Creador de la  
« naturaleza. El Señor oyó los gemidos de los pue-  
« blos cuando el ídolo de los bosques ó la estrella  
« del firmamento se mostraban sordos á sus locas  
« preces, cuando los irracionales deificados no lle-  
« naban sus deseos. El Señor ha pesado las mise-  
« rias de aquellos á quienes engañasteis; ha visto  
« las torpezas y los crímenes que ocultaban los ve-  
« los de vuestros templos; ha oído el llanto de los  
« niños que entregabais á los ardientes brazos de  
« vuestros dioses de bronce, y tambien el estrépito  
« de los tambores en que se perdían los suspiros  
« de las madres á quienes obligasteis á contemplar,  
« con la sonrisa en los labios, la muerte de sus hi-  
« jos, porque vosotros les asegurabais que los Dio-  
« ses pedían aquella sangre inocente para aplacar



« su cólera. Hoy os pide cuenta el Señor de aque-  
 « lla sangre derramada ; os pide cuenta de todos  
 « los crímenes que en nombre del cielo cometis-  
 « teis, os pide cuenta de todos los crímenes de  
 « vuestros hermanos que fueran virtuosos si voso-  
 « tros no los arrojarais al mal camino. »

« ; Y mientras Moises habló cada vez era mas  
 esplendente su rostro, cada vez su ceño mas terri-  
 ble y severo ! Entonces Henoc, envuelto en la mas  
 brillante de las nubes que preceden al nacimiento  
 del sol, acercóse al patriarca y dijo :

« Mientras duró mi peregrinacion en la tierra  
 « complacíame reposar á la sombra del solitario  
 « cedro ; blando céfiro movia sus hojas ; todo en  
 « torno de mí vivia, y entonces mas que nunca sen-  
 « tía yo que mi alma era inmortal. Durante aque-  
 « llos momentos de santo éstasis guardaban silen-  
 « cio mis labios ; perdía mi espíritu el sentimien-  
 « to de la vida mortal ; parecíame que el tiempo  
 « no caminaba, y desde el fondo de mi corazon se  
 « elevaba al cielo este pensamiento : ¿ Quién eres  
 « tú, Ser de los seres ? Dios infinito tú fuiste el  
 « primero de cuantos son y serán ; mas entonces  
 « todo en torno de tí era soledad. ¿ Pudiste perma-  
 « necer largo tiempo solo, tú principio de amor ?  
 « Y entonces mi agitacion me devolvía la palabra  
 « y las lágrimas y exclamaba yo : ¡ Oh mi Creador !  
 « Este celestial gozo que me inunda me hace pre-

« sentir tu omnipotencia ; porque tú eres quien me  
 « lo dispensa... Un dia... ¿ me bastará la eternidad  
 « para celebrar dignamente aquel gran dia en que  
 « el Señor me hizo entrar en su reino sin hacerme  
 « pasar por el sombrío valle de la muerte ? Pues  
 « en nombre de ese Dios que pudo y quiso hacer-  
 « me salvar la tumba voy á juzgaros á vosotros los  
 « supuestos sabios que tan orgullosos estais con  
 « vuestra vana ciencia. ¿ Porqué no habeis espera-  
 « do á que la muerte viniera á revelaros los miste-  
 « rios de la eternidad ? Si así lo hicierais ni halla-  
 « rais aquí al Padre indulgente convertido en Juez  
 « severo, ni las nobles almas á quienes habeis es-  
 « traviado os acusaran de su perdicion. »

« Dijo Henoc, y sus melancólicas miradas vaga-  
 ron sobre los innumerables adoradores de los ído-  
 los que en silencio esperaban la sentencia de su  
 Juez.

« En aquel momento la vision se me presentó  
 confusa y vaga : á mis oidos no llegaban mas que  
 lejanos murmullos y ahogadas quejas : parecíame  
 que por aquellas indeterminadas imágenes pasaba  
 el tiempo unas veces rápido y orgulloso, arrastrán-  
 dose otras con lentos é inciertos pasos. Solo una  
 escena de aquel misterioso drama se presentó cla-  
 ra y distintamente á mis asombrados ojos : ví pasar  
 á aquellos hombres que durante su estancia en la  
 tierra padecieron valerosamente en honra y gloria



de su Dios. Los rayos mas puros de la luz primitiva coronaban sus frentes, y los ángeles los introducian en el santuario de los cielos : poco á poco fueron desapareciendo á mis ojos que con delicia los miraban : desvaneci6se la nube que oscurecia mis ojos y el inmenso cuadro del juicio final volvi6 á ser claro y distinto para mí.

« En medio del campo de la resurreccion se levant6 entonces la informe masa de la muerte eterna, y en torno de ella se agruparon las heces de la especie humana, los mas viles de los seres salidos del polvo y esclavos del pecado, y enfin los malos reyes reunidos en tropas semejantes á las sombrías nubes con que la noche encubre la azulada bóveda del firmamento cuando comienza á desplegar sus anchas alas. No fué ni el trueno de los cielos ni la voz de la trompeta la que á salir los oblig6 de su sepulcro : comparecieron ante Dios llamados por los clamores de los millares de víctimas inmoladas en los campos de batalla, de los millares de pecadores por ellos arrojados á la senda de la perdicion. Un justo que logró evitar los infinitos lazos que le tendieron sali6 de entre aquellos réprobos, y dijo :

« ¡Yo he vivido !... tres hijos crecieron á mi lado... ocupábamos en la tierra el mas humilde lugar : pero el cielo á lo menos nos fué siempre propicio. Luego vino ese rey, enemigo de cuan-

« tos sentian latir en su pecho un corazon digno ;  
 « vino con su pérfida sonrisa á sentarse sobre un  
 « trono de oro, y pronto fueron todos sus vasallos..  
 « He preferido la muerte á sus vergonzosos favo-  
 « res... ¡ Juez supremo, arr6jale de tu presencia :  
 « para mantenerse sobre su monton de oro no va-  
 « cil6 en mancharse con la sangre de los inocentes !  
 « Caiga sobre él aquella sangre. »

« A este primer acusador siguieron millares de mártires clamando en voz alta :

« ¡Vosotros que permitisteis á las ayeccillas del  
 « bosque que entonasen himnos al cielo, no qui-  
 « sisteis consentir que nuestros lastimeros cantos  
 « resonaran en las tenebrosas cavernas donde ha-  
 « biais arrojado los restos de nuestros hermanos ;  
 « los agentes de vuestra furia nos persiguieron en  
 « los desiertos y en los abismos hiriéndonos con  
 « sus destructoras cuchillas ! Huyeron aquellos si-  
 « carios cuando el lúgubre silencio que en torno de  
 « ellos reinaba y las miradas imponentes á par que  
 « dulces de la última de sus moribundas víctimas  
 « los llenaron de espanto ; y son6 en sus oidos el  
 « leve rumor de las hojas del bosque como el bra-  
 « mar de la tempestad ; y la vacilante sombra de  
 « los árboles fué para sus ojos velo mas denso que  
 « las tinieblas de media noche. Mas vosotros que  
 « les obligabais á cometer tantos crímenes, mien-  
 « tras que tranquilos reposabais en lechos de ro-



« sas donde viles aduladores os embriagaban con  
 « su pérfido incienso, nada temiais. Levantad aho-  
 « ra la cabeza : aquí estan todos aquellos por vo-  
 « sotros inmolados. Contemplan vuestros ojos al  
 « primogénito de los muertos : ¡Su nombre es Je-  
 « sus! Ese nombre con frecuencia le oisteis pro-  
 « nunciar en la tierra, pero entonces no resonaba  
 « amenazador y terrible como ahora que los cielos  
 « reunidos se lo repiten á los infiernos! »

« Despues que así hablaron aquellos testigos, cu-  
 biertos de gloriosas cicatrices, levantó un rey justo  
 su risueño rostro, y despues de contemplar á las  
 virtuosas almas, cuyo protector y amigo fué en la  
 tierra, dijo :

« ¡Oh, quién pudiera explicar la tranquilidad y  
 « bienaventuranza de que en este momento disfru-  
 « to! ¿Y qué es lo que he hecho para merecer tan-  
 « ta dicha? Conservar los sentimientos de huma-  
 « nidad que Dios grabó en todos los corazones y no  
 « olvidar, deslumbrado por el brillo de la corona,  
 « que á pesar de ceñirla era yo como los demas,  
 « un poco de polvo. Mas ya recibí en recompensa  
 « las dulces emociones que sentí cada vez que ha-  
 « llé ocasion de consolar á los desdichados que en  
 « torno de mí padecian. No por los méritos de tus  
 « criaturas, ó mi divino Redentor, sino por tu mi-  
 « sericordia mides las recompensas que les prodi-  
 « gas; pues á mí me llenas de innumerables felici-

« dades y me abres tu eternidad para que pueda  
 « gozarlas en toda su estension. »

« Uno de los réprobos, levantándose súbitamen-  
 te y sacudiendo el polvo que le cubria, tendió su  
 mano derecha hácia el grupo de los malos reyes,  
 y clamó con terrible voz :

« Pasé mi vida en el oprobio, y sin embargo soy  
 « menos despreciable, menos vil que vosotros que  
 « hicisteis reinar el pecado sobre la tierra; que  
 « vosotros que ahogasteis en almas débiles, si,  
 « mas nacidas para la virtud, la voz de la concien-  
 « cia, esa voz tremenda que se despierta en este  
 « postrero dia del pérfido letargo en que la sumie-  
 « ron vuestras seducciones y funestos ejemplos. »

« Dijo, y el divino Elohá abrió el libro de la vida  
 cuyas ardientes páginas inundaron á los cielos.  
 Cada vez que una de ellas volvía, bramaban todas  
 las terribles páginas; pero la voz del serafin, mas  
 poderosa que la suya, nos hizo oír estas pala-  
 bras :

« No hay medida capaz de contener vuestras mi-  
 « serias, no hay número para explicar los tormen-  
 « tos que os esperan á vosotros que mancillasteis  
 « en la especie humana la imagen de vuestro Crea-  
 « dor. ¡Desdichado, desdichado el instante en que  
 « nacisteis! En grande elevacion fuisteis colocados  
 « sobre la tierra, y el Eterno tenia fija su vista en  
 « el inmenso campo que en ella os abrió para que



« hicieseis el bien. Mas vosotros, encendiendo la  
 « tea de la discordia, llevasteis la guerra, la matan-  
 « za y la desolacion á pacíficas regiones; vosotros  
 « esparcisteis en torno de vuestras personas el vi-  
 « cio y la corrupcion; vosotros tolerasteis que viles  
 « aduladores tiranizasen á vuestros súbditos; vo-  
 « sotros no recompensasteis las nobles y bellas ac-  
 « ciones, ni enjugasteis las lágrimas de la inocen-  
 « cia oprimida; ¡y el infierno os aplaude con sus  
 « mas horribles clamores! ¡y el Señor aparta sus  
 « ojos de vosotros!... Realizáronse los sueños de  
 « inmortalidad que tan deliciosamente os lisongea-  
 « ban; sí, inmortales sois, mas no como esperábais  
 « serlo. ¡Vivirá vuestro nombre en los infiernos,  
 « grabadas están vuestras acciones en las montañas  
 « de bronce de los abismos! Allí no hay templo  
 « de la gloria, allí no hay laureles para coronar  
 « vuestras frentes; allí jamas resuenan los gritos  
 « de victoria, cuya funesta magia ciega á los ven-  
 « cedores para que no vean los crímenes con que  
 « están manchados. Solo escuchareis allí clamores  
 « de desesperacion y la amenazadora voz de la  
 « sangre inocente. ¡Bóvedas tenebrosas, haced oír  
 « vuestros bramidos! ¡nubes nocturnas, velad el  
 « trono del Eterno y armaos de vuestros mas ter-  
 « ribles rayos! ¡Angel de la muerte, apresura tú  
 « ferreo paso! ¡Legiones innumerables de almas  
 « que esperais vuestra sentencia, levantad los ojos

« á la temida balanza! ¡Ya sus platos se mueven,  
 « se alzan, descienden y vuelven á alzarse á los  
 « cielos! »

« Así habló el mayor de los seráfines, reinando  
 despues lúgubre silencio en la tierra y en el espa-  
 cio. La omnipotencia y la cólera infinita brillaron  
 en los ojos del Juez supremo. Tembló el suelo bajo  
 las plantas de los reyes, bajó el huracan del trono,  
 y con las nocturnas nubes del huracan llegaron to-  
 dos juntos los ángeles de la muerte. Huyeron ater-  
 rados los reyes; pero las abiertas simas rehusaron  
 tragárselos para libertarlos de las flamíferas cu-  
 chillas de los ángeles esterminadores. En menos  
 tiempo que es necesario para un solo pensamiento,  
 se halló desierto el campo de la resurreccion. Oí  
 como se abrian las puertas de los infiernos, oí  
 tambien como volvian á cerrarse...

« En el horizonte de los cielos volvieron á pre-  
 sentarse los ángeles de la muerte; y tendieron  
 sus alas sombrías, y entonaron un cántico de  
 triunfo. »